



NUM. 32. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 9 DE AGOSTO DE 1863.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

## REVISTA DE LA SEMANA.



onste ante todo que lo que nosotros evocamos el otro día en los campos de Vergara no fueron las sombras de los montes de la guerra civil, disparate mayúsculo debido á un error de caja cometido en la última revista: evocamos las sombras

de los muertos. Hecha esta rectificación, terminaremos la relación de nuestro viaje.

De Beasain pasamos á Azpeitia por un pintoresco camino practicado en las laderas de aquellas verdes montañas, y cuyas revueltas presentaban á cada momento nuevos y hermosos puntos de vista. En uno de los mas amenos valles de las cercanías de Azpeitia está situado el convento de jesuitas de Loyola, y al día siguiente de nuestra llegada á aquella población pasamos á visitarlo. Este convento tiene la forma de una águila, y si á ustedes no les gusta el águila, no hay inconveniente en compararlo con otra ave cualquiera: el pecho y el pico forman la fachada: las dos alas estendidas constituyen las dos partes principales del edificio y la cola las accesorias. El águila de San Ignacio se cierce, pues, todavía sobre aquellos sitios pintorescos, famosos por su salubridad, por la sencillez de costumbres de sus habitantes y tambien por la hermosura de sus mujeres.

Dada la configuración del convento, nuestros lectores comprenderán la forma de su fachada principal. Es semi-circular, convexa y elegantísima, presentando un pórtico sostenido por hermosas columnas de jaspe oscuro. El mármol y el jaspe, ya labrados, ya sin labrar, son las únicas piedras que han entrado en la construcción del establecimiento, que comenzado en el último tercio del siglo XVII, no quedó habilitado (concluido no está todavía) sino setenta años despues, á mediados del último siglo. En el templo que es tambien semicir-

cular y completa la elipse con el pórtico hay la misma profusion de mármoles que en todas partes. Estábanse haciendo á la sazón algunas reparaciones, pareciéndonos que se le sobrecargaba demasiado de adornos.

El edificio tiene en su interior espaciosos tránsitos, y llamó sobre todo nuestra atención una escalera notable por su atrevimiento y sostenida por dos arcos de piedra que partiendo de los ángulos se cruzan en el centro. Comprendida en este edificio está la habitación de la casa ó fortaleza que ocupó San Ignacio, donde se ven un pequeño cañon y cuatro troneras, conociéndose por la poca distancia que hay de ellas al suelo que el terreno ha de haberse elevado allí grandemente por obra del arte.

El padre ministro y otros dos padres graves que tuvieron la bondad de acompañarnos, estuvieron con nosotros tan amables, que aprovechamos esta ocasion de manifestarles nuestra gratitud. Mostráronnos los retratos de los diversos generales de la Orden desde el fundador hasta el penúltimo. Manifestamos deseos de ver el del actual; pero hubimos de arrepentirnos de este deseo y desecharlo cuando nos dijeron que era preciso que muriese para que se pudiera colocar su retrato en aquella galería.

Visitamos tambien la biblioteca y preguntamos por los trabajos que pudiera haber acerca de la lengua y literatura *euscaras*; pero tuvimos el disgusto de saber que nada se conservaba ni se hacia nada en este ramo. La casa de Loyola está exclusivamente destinada segun parece á la instruccion de jóvenes novicios, á quienes enseñan latin, griego y retórica.

De Azpeitia pasamos otra vez á Deva con el objeto de devolver al padre capellan su vehículo y recoger nuestro pequeño equipaje para presentarnos en Arechavaleta entre la gente *comme il faut* que frecuenta aquel lindo establecimiento. La sociedad que se reúne allí todos los veranos suele ser la nata y flor de la elegancia madrileña. Por la mañana se toman los baños y se beben las aguas por los pocos que tienen necesidad de ellas. Señoras y caballeros se presentan con negligé de matin. A las doce todo el mundo corre á sus respectivos cuartos como en Inglaterra *to dress for dinner* á vestirse para comer (allí se come á la una). Despues de comer hay quien vuelve á vestirse para paseo ó escursiones. Por la noche trage de baile. No hay que decir las variadas combinaciones de trages y adornos que cada día se hacen, principalmente entre el bello sexo. Así no hay apenas señora cuyo equipaje no se componga

de tres ó cuatro baules y media docena de mundos, llevando tras sí lo que pudiéramos llamar todo un sistema planetario.

A los pocos días de nuestra llegada tuvimos el gusto de ver al eminente escritor de costumbres don Ramon de Mesonero Romanos y al popular novelista don Antonio Flores y con ellos emprendimos dos deliciosas expediciones una á Mondragon y otra á Oñate. En Mondragon, además de una bonita iglesia de un puro estilo gótico vimos la casa que habitó el historiador Estéban de Garibay. La casa de Garibay es como la casa de Sócrates: aunque la llenase de amigos, no puede decirse que tuviera muchos. Es una de las mas pequeñas y ruinosas de la población y muestra que ha sufrido pocas reparaciones desde la muerte de su ilustre poseedor.

En Oñate, además de la colegiata fundada por el obispo de Avila don Rodrigo Mercado, vimos la universidad, fundacion del mismo prelado, con artesanos magníficos. En ella se encuentran actualmente las cátedras de una escuela de agricultura. Pero lo que deseábamos visitar sobre todo era la casa que ocupó el pretendiente don Carlos durante la guerra civil y cuyos aposentos, segun nuestras noticias, se conservaban tales como el *mal aconsejado príncipe* los habia dejado. Nos presentamos con este objeto á la señora madre del dueño actual, y esta señora tuvo la amable condescendencia de admitirnos. Tres salones corridos, colgados de damasco ya descolorido y usado, con muebles antiguos, y una alcoba con cama de caoba debajo de un dosel, reclinatorio y tocador modesto, forman las habitaciones donde don Carlos pasó muchos días de ansiedad y de esperanzas, y muchas noches de insomnio y de ilusiones. Uno de los aposentos tiene salida á una galería con bajada al jardín y vistas á los montes inmediatos; el otro servia de comedor; el último era el salon de recepciones. Las casas inmediatas alojaban á sus ministros y á sus empleados. Veinte y cuatro años han pasado desde entonces; muchas posiciones han variado; nuevas oleadas de sangre y lágrimas han cubierto las antiguas, y hoy de la corte de don Carlos no quedan mas que unas sillas, una cama y unos damascos viejos.

Al día siguiente de nuestra visita á Oñate, salimos para Vitoria, donde entramos casi al mismo tiempo que el ministro actual de la Guerra. Con este motivo pudimos disfrutar, como habitante accidental de aquella población, de la serenata que las músicas de la guarnicion dieron al general Concha, desde las ocho hasta las once

de la noche. Un ministro de la Guerra que viaja es una notabilidad, y en todas partes habia grupos de gente que salia á verlo, amen de las autoridades que acudian á darle la bienvenida.

De Vitoria á Madrid llegamos en trece horas y sin novedad, y desde nuestra llegada hemos visitado el circo de Price, admirando al célebre acróbata mallorquin en su doble salto mortal. Gran gimnasta es el mallorquin, lo mismo que Julio Perez y otros artistas con que cuenta la compañía de Price, cuyo circo se encuentra siempre concurridísimo, así por el mérito de los ejercicios, como por la frescura de que en él se disfruta.

En la Granja, donde no se goza menos fresco, aunque mas caro, ha habido novedades en la última semana. El señor Sierra, ministro de Hacienda, ha pasado al consejo de Estado; le ha sustituido en la cartera el señor Moreno Lopez, ministro de Fomento, y ha entrado en Fomento el señor Alonso Martinez.

En cuanto á sucesos literarios, tenemos que consignar la publicación del arte de descubrir los manantiales, traduccion de la obra de Mr. Paramelle, hecha por el presbítero don Nicolás Soldevila. El señor Soldevila ha prestado un beneficio á la agricultura publicando esta obrita, que forma un volumen en octavo de 400 páginas, barato y manejable, y el gobierno ha hecho bien en recomendar su adquisicion á los ayuntamientos, que podrán incluir su importe en los presupuestos municipales.

El descubrimiento de aguas en todas partes, es tanto mas interesante, cuanto que hoy en todas partes hay fuegos. Madrid está ardiendo; por el dia el calor es insufrible; por la noche las campanas que tocan á fuego nos despiertan dando la voz de alerta. Gracias que el zaragozano nos tranquiliza asegurándonos que el mundo no se acabará este año.

Un parte telegráfico nos anuncia una tremenda catástrofe en Manila que ha quedado arruinada de resultados de un terremoto. Los palacios y edificios públicos se han desplomado: aun no tenemos pormenores, pero escitamos al gobierno á que acuda con sus medios al alivio posible de las desgracias que deben de haberse ocasionado.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## LAS PLANTAS FIBROSAS

DE LOS TRÓPICOS.

Entre los muchos proyectos formados para suplir la falta del algodón, hay uno que ha llamado la atención recientemente y que por su naturaleza es digno de ser estudiado seriamente porque tal vez su conocimiento pudiera traer grandes ventajas. La persona á quien se debe este proyecto es Mr. Squier embajador que ha sido de los Estados-Unidos en la América Central. Mr. Squier durante su permanencia en los países tropicales se admiraba de que las fibras de ciertas plantas que crecen allí no se aprovecharan en una escala mucho mayor que lo que en el dia se aprovechan; y es posible que si los que se dedican al hilado del algodón tuvieran en cuenta sus observaciones, se admirasen tambien de que no se hubiera tratado de suplirle por medio de estas plantas, principalmente en una época en que es tan escaso.

Algunas de estas plantas fibrosas de los trópicos hace ya mucho tiempo que se emplean como material para tejidos, pero solo de manera primitiva. Yo vi una vez, dice Squier, que los indígenas que se dedicaban á este trabajo, quitaban hoja por hoja las partes carnosas de los agaves con raspadores triangulares ó con cuchillos viejos y estropeados, y supe que dos libras de fibras imperfectamente limpias, formaban el total de un dia de trabajo completo. Al ver esto me aparté sonriendo del paciente trabajador indígena y pregunté á mi amigo que era un comerciante y plantador americano, que habia vivido mucho tiempo aquí, por qué no introducía una máquina para esta operacion y se haria rico con las fibras de estas plantas. Porque no hay ninguna máquina para ello, me contestó este. Así es en efecto y en toda la parte tropical de América y aun en las Indias Orientales y sus islas no hay mas medio de obtener estas fibras que el que ya hemos descrito, y sin embargo, estas plantas fibrosas son de la mayor importancia, y de un valor que no se considera muy alto para la industria europea que tanto sufre en el dia. Hace poco se ha inventado una máquina con la cual un solo trabajador en agave, puede sacar diariamente mas fibras que cien hombres con los cuchillos viejos que se han usado por el antiguo método; pero no se sabe hasta el dia que el uso de esta mejora de procedimiento se haya extendido mucho.

El Doctor Perrine, cónsul de los Estados-Unidos en Yucatan, fundó una sociedad en 1837 para la plantacion y propagacion de ciertas plantas fibrosas tropicales, para cuyo objeto le cedió el congreso un espacio de tierra en la Florida Oriental. Se plantaron el maguey-aga-

ve, el cactus de la cochinilla, una cierta clase de morera, la palmera de dátiles y la clase de agave que suministra el cáñamo de sesil; la empresa tuvo el resultado que se esperaba, pero fue destruida por la guerra con los seminolen en la cual fue muerto Perrine. Las plantaciones fueron abandonadas, pero prosperaron sin cultivo, suministrando de este modo la prueba no aprovechada hasta ahora, de que con poco trabajo se puede obtener una ganancia considerable.

Así se desprecian un gran número de plantas tropicales que suministran unas fibras tan fuertes como finas y que son á propósito para toda clase de tejidos, para cuerdas, para papel, para telas y para paños. El ananas silvestre que se encuentra con tanta frecuencia en los bosques de los trópicos, da un material tan fino y suave como la seda y del cual se hacen las mas hermosas hamacas. El agave que crece en derredor de todas las chozas y empalizadas contiene en sus hojas carnosas unas fibras tan suaves como fuertes, de las que los marineros del pais hacen sus amarras. En las Indias Orientales se tejen con las fibras del ananas unas telas tan finas como las de las arañas. En Manila se encuentran grandes bosques de los árboles llamados pisang, de cuyas fibras los buques de todas las naciones hacen aquellas velas y amarras que equivocadamente se consideran como hechas de cáñamo ó de lino y que debian ser buscadas con un empeño cien veces mayor que estas.

En una palabra, por todas partes vemos perderse en los países tropicales cantidades inmensas de plantas fibrosas que preparadas convenientemente y enviadas á Europa suministrarían material crudo para la industria de millones de fabricantes y ricas telas para todas las naciones. En los países cálidos queda sin aprovechamiento una gran cantidad de material crudo, mientras que en Alemania, Inglaterra y Francia hay millares de trabajadores que se ven condenados á una inaccion forzosa porque la guerra de los Estados-Unidos ha interrumpido la esportacion del algodón. Se comprende fácilmente que se debe tratar de estender por todas partes el cultivo del algodón fundando nuevos depósitos por decirlo así, para emancipar á la industria de Europa de las fuentes antiguas que ahora se han secado; pero hay que hacer algo mas que establecer este cultivo en la India, en la América Meridional y en el Egipto; hay que dirigir la vista no solo á esta planta sino á todas aquellas que pueden remediar su falta.

Se puede calcular la importancia de las fibras de las plantas tropicales para la industria británica, si se considera que el valor de las importadas en el año 1855, ascendía á unos 104.000.000 de reales; pero por grande que sea este número, es insignificante comparado con lo que podría ser, si por medio de la mecánica y de la química hubiera un modo de limpiar las fibras correspondientes de las sales y resinas que contienen, lo cual no ofrece grandes dificultades. El trabajador por medio de un procedimiento imperfecto, no saca diariamente mas que unas seis libras del cáñamo llamado sesil, y el producto de las materias fibrosas de Manila viene á estar en relacion con éste. Hay que notar además que la regla que debe seguirse para obtener fibras blandas y suaves por medio de la recoleccion de las hojas antes del tiempo en que las plantas llegan á su completa madurez, no se observa bastante y del mismo modo se dejan de observar otros principios al trabajar las materias fibrosas. Casi todas las fibras del mundo vegetal son blandas por su naturaleza; pero contienen resina que cuando se seca las hace duras y quebradizas. El defecto del papel hecho con el cáñamo de Manila es esta fragilidad aun cuando es fácil de quitar.

Las materias para nuestros tejidos provienen en parte de hojas, en parte de corteza ó de cápsulas que contienen el fruto. Las plantas monocotiledóneas dan las fibras en las hojas. En los climas templados se presentan en plantas como los vegetales liliáceos, etc., pero en los trópicos forman aquellos bosques de agaves, de yucas, de pisangs y de palmeras de que el salvaje se ha aprovechado hasta ahora mas cuidadosamente que el hombre civilizado.

Las plantas dicotiledóneas dan las fibras en su corteza. El tilo, las ortigas, el lino y el género de habas que suministra el *sun* ó cáñamo de Bengala, son ejemplos de esta clase de plantas. El objeto principal de la preparacion de estas fibras es el separar la parte que tienen de su cubierta fibrosa disolviendo la resina que las une.

Las fibras que estan en cápsulas, entre las cuales el algodón ocupa el primer puesto, no son propiamente fibras, sino mas bien hebras que sirven en la cápsula para resguardar la semilla, regulando la temperatura de la misma.

Las fibras que se sacan del agave se confunden muchas veces con las que provienen de las bromelias. Clavigero en su Historia de Méjico, al hacer la descripción del empleo de los diferentes agaves, dice que algunas especies suministran excelentes materiales para las construcciones. Del jugo de otras se hace jarabe, azúcar, vinagre, *pulque* (la bebida nacional de la América Central y de Méjico) y espíritus. El tallo y las partes mas gruesas de las hojas asadas en la tierra suministran un alimento muy sabroso. Los troncos sirven

para vigas de los tejados, las hojas para formar los techos de las casas. Las espinas se aprovechan para puntas de lanzas, leznas, agujas, puntas de flechas y otros instrumentos punzantes; pero la importancia principal del agave para los mejicanos está en la materia fibrosa de sus hojas. Segun la clase de la planta, estas fibras se asemejan ya al cáñamo mas ordinario, ya al mejor lino, y siempre pueden suplirlos á ambos de un modo excelente. De esta planta hacian los antiguos mejicanos cintas, cuerdas, esteras, morrales, calzado, vestidos y toda clase de tejidos desde la tela mas gruesa hasta aquellas que por su finura podrian competir con la batista. De esta planta hacian tambien las redes que les servian de lecho, en las cuales nacian y en las que tenian que morir, el papel en que escribian sus crónicas y con el que adornaban á sus dioses. El precio del agave no ha subido, sin embargo, por la circunstancia de que el suelo y el clima son cosas indiferentes para él, pues se cria en todos los puntos de la zona tórrida, se obtiene perfectamente casi sin mas cultivo que la primera plantacion, y sus fibras no necesitan ningun trabajo especial para poder ser empleadas. Por lo tanto no hay que admirarse de que los antiguos mejicanos emplearan una cierta parte ó una cierta preparacion de esta planta tan útil, en sus ceremonias políticas y religiosas, y que por el nombre que daban á su capital perpetuaran una alusion á sus propiedades.

El doctor Perrine dice tambien que las fibras del yashqui-henniguni, planta que pertenece igualmente á la familia de los agaves, son sumamente blandas, duraderas y fuertes, que se sacan de las hojas frescas con solo raerlas y que sin necesidad de máquinas de hilado ni de tejido, se hace de ellas un material barato para sacos y otros objetos. Se emplean en vez de crines para cedazos, y en vez de mimbres para cestas. Se hacen tambien con ellas maletas y cofres que son tan buenos como los mejores de piel, y estas mismas fibras llegan á sustituir el cristal y el barro, porque con ellas trenzadas se hacen vasos, cubiletes y platos. Perrine cree que si se introdujera el agave en los Estados-Unidos, sería un beneficio inmenso por sus fibras para la industria de aquel pais, y que pronto se aclimataria en todas partes por la baratura de su materia ya preparada. La única razon que hay para que hasta ahora se haya hecho tan poco caso de él, es el no haber carecido nunca del algodón que es la materia mas general para los tejidos.

Las plantas de la familia del ananas (bromelias), podrían suministrar en las colonias inglesas de Honduras, Jamáica y Guyana, una cantidad anual de fibras que importaria unos 50.000.000 de reales. Humboldt calcula que el producto de un campo inglés cubierto de plantas de la familia de los bananos, es cuarenta y cuatro veces mayor que el de otro sembrado de patatas. Despues de recoger el fruto, que está incluido en este cálculo, se cortan las plantas, y las fibras de millones de ellas reunidas con poco ó sin ningun gasto, pueden ser empleadas para hacer cuerdas, papel, y lo que es aun mas importante, telas que por su aplicacion á todos los usos, no son inferiores á las de algodón. De la *musa textiles*, que es una variedad del banano, se saca el célebre cáñamo de Manila que en los mercados europeos se paga mas caro que el cáñamo ruso mas fino. Un botánico francés dice en un libro publicado recientemente que la abaca de las Filipinas, que es una variedad muy particular del banano, da en sus fibras mas gruesas un excelente material para amarras de mucha duracion, al paso que las fibras mas finas sirven para hacer una muselina de extraordinaria hermosura. Es sabido que en Francia se hacen telas con las fibras de estos bananos; estas telas igualan á la seda en brillo y en finura, y admiten todos los colores con igual perfeccion. En Inglaterra se ha tratado tambien de tral bajar estas fibras; se han hecho de ellas camisas y ropa interior para hombres, y el bello sexo las ha empleado para hacer velos muy duraderos y apreciados, corbatas y sombreros.

Todas estas observaciones son muy dignas de atencion, y no hay nadie que al fijarse en ellas deje de conocer la grande importancia de las plantas fibrosas tropicales, para el comercio y para la fabricacion de los tejidos. Los industriales principalmente deben estudiar esta materia que ofrece un ancho campo á sus especulaciones, porque pueden suministrar el material crudo que tanto necesitan las fábricas para dar trabajo á millares de brazos que se hallan condenados á una inaccion forzosa cuyo resultado seguro é inmediato es la miseria.

A.

## INVASION DE PORTUGAL

Y BATALLA Y TOMA DE LISBOA POR EL EJÉRCITO DEL SEÑOR REY DON FELIPE II, BAJO EL MANDO DEL GRAN DUQUE DE ALBA, EL AÑO DE 1580.

I.

Anda muy válida la opinion entre profanos y eruditos, tanto portugueses como españoles, de que las tropas de nuestra nacion, al invadir la vecina en son de guerra,

lo hicieron asolando y destruyendo cuanto á su paso se encontraron, como si entraran en tierras enemigas que no hubiesen de pertenecer jamás á la corona de España, y como obedeciendo á un sentimiento comun de tiránicos procederes que descendiese de lo alto de la magestad real hasta el mas infimo soldado. Los siguientes documentos demostrarán, no obstante, todo lo contrario.

Son las instrucciones que hizo escribir el señor don Felipe II á Juan Delgado, su secretario de la Guerra para el régimen, gobierno y disciplina del ejército que iba á entrar en Portugal, bajo la mano del duque de Alba; cuyas instrucciones en cuanto se refieren á la compostura que habian de guardar los soldados españoles en Portugal, conviene leer y vamos á imprimir, para que se vea el espíritu cristianamente conciliador que rigió en aquella empresa; bien diferente del que los historiadores portugueses de la siguiente centuria, hicieron creer á sus apasionados lectores.

«La orden que mandamos tengan, guarden y observen la gente de guerra de á pie y de á caballo de todas naciones, y las otras personas que nos sirvieren en este nuestro ejército durante nuestro beneplácito es la siguiente:

»Primeramente, que ningun soldado de á pie ni de á caballo, ni otra persona que sirva y siga nuestra corte y ejército, no blasfeme ni reniegue de Nuestro Señor Dios, ni de Nuestra Señora, ni de los santos, so pena que sea por ello espresamente corregido y muy bien castigado, como pareciere á Nos ó á nuestro capitán general.

»Otro sí: que las Iglesias y Monasterios, altares, imágenes, reliquias sacras y ornamentos de ellos no las toque nadie ni sea osado hacer ningun daño, injuria ni violencia en ellas; antes las respete y reverencie con todo acatamiento; y ni mas ni menos, no harán ningun daño, mal tratamiento ó injuria á los clérigos, frailes, monjes y otras personas eclesiásticas, sopena de la vida.

»Otro sí: ordenamos y mandamos: que ninguno sea osado de tocar en las vituallas que se trujeren á este nuestro ejército, ni hacer fuerza, ni dar molestia ni impedimento alguno á los que las trujeren ó quisieren traer á vender, ni las puedan tomar ni comprar de ellos, aunque digan que las quieren pagar, hasta tanto que las dichas vituallas y cosas de comer generalmente sean traídas y puestas en los mercados y plazas de dicho ejército, ó en lugar ó lugares que para esto estuvieren diputados en el campo por el maestro de campo general, y hasta tanto que sea puesto precio en ellas por el comisario general, ó por otras personas que son ó fueren en su nombre deputados para ello; segun que esto está ordenado en una instruccion aparte, que habla en lo tocante á los cargos de dichos maeses de campo y comisarios generales de nuestro ejército, sopena de la vida.

»Item: es nuestra merced y ordenamos y mandamos y defendemos que ningun soldado de pie ni de á caballo, ni ninguna otra persona que residiere en este ejército, sea osado ir á correr solo ni acompañado sin licencia ni orden nuestra ó de nuestro capitán general, so pena de la vida y perdimento de todo lo que trugere; y puesto que en el dicho ejército hay maestro de campo general, preboste y capitán de justicia y otros prebostes, barrachiles y alguaciles, y otras personas que han de tener cargo y particular cuidado de no permitir que se hagan desórdenes, robos ni fuerzas á los que trujeren vituallas y otras mercaderías á vender al dicho ejército, ni menos que la gente de guerra vaya á correr en tierras de vasallos nuestros, y que si lo hicieren, de mas de perder lo que trujeren sean castigados á nuestro arbitrio ó de nuestro capitán general, y los oficiales susodichos no podian alguna vez atender por todo el ejército, ni hallarse en tantas partes como seria menester para evitar los dichos desórdenes; por la presente encargamos, ordenamos y mandamos á los coroneles, maestros de campo y otros cualesquier oficiales que tuvieren cargo en el dicho ejército, á cada uno de ellos en particular y á todos en general, tengan cuidado de escusar los dichos desórdenes, procurando evitar cuanto les fuere posible: y si hallaren á alguno traspassando el campo otras vituallas tomadas, sin tener para ello licencia de sus superiores, que se lo quiten y tomen lo que en sí trujeren y lo manifiesten luego al dicho maestro de campo general, para que sobre ello se provea lo que conviniere á nuestro servicio; y demás de lo susodicho castiguen como les pareciere á los delincuentes, no embargante que en el dicho ejército haya los ministros y officios de justicia susodichos, pues no podrán todas las veces topar ni tener noticias de ellos.

»Ordenamos y mandamos, asimismo, que toda la ropa y otras cosas que la gente de guerra ganaren, ó hubieren en batalla, ó reencuentro, ó en combate de alguna tierra ó castillo, haya de quedar ó sea libremente de aquel ó aquellos que lo tomaren ó ganaren segun la costumbre de la guerra; reservando para nosotros todos los prisioneros que dejaren de matar, de cualquier condicion que sean, porque estos han de quedar reservados á nuestro arbitrio para hacer de ellos lo que fuere nuestro servicio; y el artillería, pólvora y otras municiones y vituallas de cualquier género que sean y estuvieren puestas en casas ó magacenes

particulares, todo á de quedar para entregarse á la persona ó personas que por nuestro mando fueren señalados: y en caso que la gente de guerra tubiere ó ganare algunas vituallas ó ganados de los enemigos en la campaña, se entiende de que no los á de poder sacar ni llevar á vender fuera del ejército, sino que han de ser obligados á venderlas en precios razonables y combenibles, dentro del campo para la provision de la gente del dicho ejército que las hubiere menester, so pena de perder todo lo que hubiere ganado, y además de esto que hayan de ser y sean castigados en sus personas, en las penas á nuestro arbitrio reservadas.

»Asimismo ordenamos y mandamos: que sucediendo caso de que se hayan de saquear algunas tierras ó lugares rebeldes, como se contiene en el capítulo antecedente de este, no sea osado ningun soldado solo ó acompañado, de quitar á otro ni á otros ningunos soldados del dicho ejército la ropa que en tal lugar ó castillo ó casa hubieren ganado, so pena de la vida.

»Otro sí: es nuestra voluntad y mandamos que todas las personas de cualquier nacion que no trugeren armas ni siguieren ni acompañaren bandera de ordinario ó no fueren criados de señores ó caballeros oficiales muy conocidos de nuestra corte y ejército, salgan y se vayan del campo dentro del tercer dia despues de la publicacion de la presente, y no sigan ni acompañen el dicho ejército, so pena de la vida.

»Otro sí: que ningun soldado ni otra persona sea osado de tocar en ropa ó cabalgadura ninguna cargada ó descargada que baya con el bagaje aunque la topen perdida por el campo; ni consientan que otros las toquen ni tomen sino fuere para volverla luego á su dueño, so pena de la vida.

»Item: que toda la gente de guerra de pie y de á caballo de este ejército que nos vienen á servir en esta jornada, de cualquier grado, calidad ó condicion que sean, si fueren armados cuando caminaren, lleve cada uno su banda colorada sobre las armas, y no llevando coseletes lleven las cruces colocadas cosidas en los bestidos, de manera que todos las traigan públicas, y no de suerte que las puedan cubrir y quitar; so pena que el que se hallare de otra manera, sea habido y tenido por enemigo y castigado por tal.

»Y en caso que los rebeldes en algunas villas ó castillos vinieren á darnos la evidencia, y ponerse en nuestras manos, por lo cual pareciere hacer con ellos alguna composicion ó reconocimiento, la gente de guerra de este nuestro ejército, en general ni en particular, no presumen ni se atrevan á entrar en las tales tierras y castillos ó fortalezas por fuerza, ni saquearlas la ropa ni los ganados que dentro ó fuera de ellas trugeren; ni quemar ni talar casa ni heredad alguna sin tener para ello orden y mandato expreso, so pena de la vida.

»Y porque conviene y es necesario que todos los molinos que se hallaren de viento, agua ó sangre, en las tierras ó rios, en el camino por donde este nuestro ejército pasare, se conserven, mandamos que ningun soldado de pie ni de á caballo ni otra alguna persona sea osado de los romper, ni quemar, ni hacer otra alguna manera de daño en ellos, sino fuese con expresa orden nuestra ó de nuestro capitán general, so pena de la vida.

»Y si, con ayuda de Dios Nuestro Señor, hubiéremos victoria, dando alguna batalla ó reencuentro en campaña, ó combatiéndose alguna tierra ó castillo donde los rebeldes hayan puesto presidio ó guarnicion de cualquier manera que sea, mandamos y ordenamos que los soldados y gente de guerra, ni otras personas que fueren en este nuestro ejército, no sean osados desmandarse ni apartarse á saquear ni robar cosa alguna; sino que todos entren y esten juntos en ordenanza en sus escuadrones, ó de la manera que por sus superiores les será ordenado, hasta tanto que la compañía ó plaza de la tierra que se ganare sea enteramente ocupada, ganada y asegurada por los nuestros, sopena de muerte al que lo contrario hiciere.

»Item: que ningun soldado ni otra persona de ninguna calidad que sea se deshaga ni desordene, ni se mude del lugar que por su furriel mayor ó particular le será señalado, ni tomar el alojamiento ó cuartel que fuere de otro, so las penas á nuestro arbitrio ó de nuestro general reservadas; y porque podria ser que el Maestro de Campo General, ó alguno de los Capitanes, Baviacheles ó Alguaciles de este nuestro ejército quisiera sobre esto, ó sobre otro cualesquier delitos y desórdenes, prender algunos malhechores, y que los tales pusiesen su defensa no dejándose prender, mandamos y espresamente ordenamos que cualesquier hombres de guerra ó de nuestra corte, de cualquier calidad ó condicion que sean, que se hallaren presentes á lo susodicho, ayuden y favorezcan á los dichos Ministros de justicia; sopena que el que lo contrario hiciere será habido y tenido por tal delincuente, y castigado por ello con la misma pena que él mereciera.

»Todo lo cual como dicho es, mandamos se manifieste por bando público, para que venga á noticia de todos.—Fecha en Badajoz á 13 dias del mes de julio de 1580 años.—Yo el rey.—Por mandado de S. M.—Juan Delgado.»

Tras la lectura del documento anterior, creemos que caerán de suyo los cargos que en abundancia se

han hecho contra la conducta del ejército que entró en Portugal bajo las órdenes del Duque de Alba.

## LAS CACERIAS EN EL AFRICA ECUATORIAL.

EL ELEFANTE.

A medida que avanzaban iban aproximándose entre sí los grupos de cazadores, de suerte que una hora despues de empezar la batida, el semicírculo formado por aquellos no abarcaba mas de media milla.

Esto indicaba que los negros sentian ó conocian que los elefantes marchaban delante.

Los cazadores llegaron á un sitio en que el bosque se aclaraba considerablemente, y Chaillu oyó un sordo murmullo que recorrió toda la línea: al propio tiempo sintió que Ogutá le daba un golpecito en el hombro y que le invitaba á mirar adelante.

En efecto, como á quinientos pasos, vió ó creyó ver una especie de mole entre cenicienta y parduzca que se movia lentamente.

—¿Elefante? preguntó.

—¡Sí! ¡Muy temible!... Un solitario.

La línea precipitó el paso y cesó todo ruido: poco despues se oían resonar las pisadas del elefante.

—¡Atencion! dijo Ogutá al oido de Chaillu.

Y dió un fuerte silbido que se repitió á la derecha y á la izquierda.

En aquel momento vió Chaillu al elefante para lo como á doscientos pasos de distancia, levantada la cabeza y arrancando con la trompa un brazo de un árbol.

Diez minutos despues repitió Ogutá el silbido, é inmediatamente se reprodujo en la línea el griterio y el alboroto del principio.

Pero esta vez todos echaron á correr hácia el monstruo, para acosarle de cerca.

El elefante apresuró el paso, pero los negros ganaban terreno.

El gigantesco animal demostraba no comprender que todo aquel estrépito era una amenaza dirigida contra él; mas cual si le molestase, se alejaba cediendo el puesto al invasor.

Este se hallaba tan cerca que las cabezas de la línea marchaban ya al nivel del elefante.

Al mismo tiempo sonaron dos ó tres tiros; pero no se notó cosa alguna en el monstruo. Las balas, resbalando sobre su dura piel, no le habian hecho la mas leve herida.

Los cazadores ganaban tanto terreno que algunos de ellos se disponian á clavarle sus javalinas.

Oyéronse nuevos disparos y el elefante dejó oír un rugido, pero no de dolor. Era que empezaba á encolerizarse.

Abokó se adelantó á todos, tanto que con su fusil habria podido tocar al fugitivo: luego quedóse inmóvil y apuntó.

—¡Al vientre! le gritó Ogutá.

Interin que Abokó aseguraba la puntería, los negros que le seguian á derecha é izquierda le dejaron atrás. Sonó el tiro y el elefante dió un salto.

—¡Herido! gritó Mbuma.

Al mismo tiempo se clavaron en el cuerpo del monstruo una docena de javalinas.

El elefante se detuvo y giró pesadamente, parándose á mirar á sus perseguidores; pero estos desaparecian como por encanto; unos trepando á los árboles, otros ocultándose en los matorrales, otros siguiendo su carrera.

Satisfecho el monstruo con aquella victoria, continuó su camino en la direccion que siguiera desde el principio; pero los negros que se le adelantaron, ocultos tras de los árboles, le clavaban al paso nuevas javalinas y huían rápidamente.

El elefante, empujado por el dolor, se precipitó adelante como una avalancha, llevando en pos de sí aquella jauría de negros.

Delante de todos veíase á Abokó con el fusil en bandola y armada la diestra con una javalina.

En este momento apareció el primer muro de lianas. El elefante, que al verse perseguido, no repara en obstáculos de ninguna clase, y se estrella contra todo cuanto le cierra el paso, convencido á que el choque de su mole es irresistible, se precipitó adelante, abriéndose paso, aunque con alguna dificultad, pero las javalinas que llevaba clavadas le debieron causar un daño horrible con la presión, daño aun mayor porque Abokó, viendo al elefante casi detenido le clavó profundamente la javalina de que se habia provisto.

El elefante desapareció, mas fue para revolverse contra el agresor, porque al querer éste saltar por la brecha que aquel abriera, se encontró cara á cara con el irritado monstruo.

Lo que sucedió entonces fue tan rápido, tan terrible, que se imagina mejor que se refiere.

El elefante valiéndose de su trompa asió á Abokó, que lanzó un grito, lo elevó cuanto pudo, y en seguida lo precipitó contra sus terribles pezuñas.

Los demás negros se quedaron helados de terror; mientras que aquel coloso de los bosques, con una agi-

lidad sorprendente saltó sobre el pobre negro, pisoteándolo con tal ira que un momento despues solo quedaba del cazador un monton informe, sangriento, horrible, de carne, huesos rotos, sangre y tierra.

Chaillu, aprovechando aquel momento y arrastrado por un impulso de compasion hacia su compañero de caza avanzó solo, apuntó detenidamente é hizo fuego.

El elefante dió un salto y cayó desplomado sobre sí mismo: la bala le habria deshecho los sesos.

Es imposible describir la cólera de los negros al ver muerto y deshecho á su compañero.

No sabemos qué clase de necia venganza iban á tomar en el cadáver del monstruo, cuando de pronto resonó á la derecha una tempestad de gritos.

—¡Elefantes! ¡Elefantes! gritaron todos.

Y como eran cazadores, olvidaron á los muertos para correr en pos de los vivos.

Chaillu, cediendo al ejemplo, hizo lo propio.

Aquella vez se trataba de dos elefantes; macho y hembra.

Cinco minutos despues, atravesaron todos la segunda cortina de enredaderas y los negros ha laron ocasion para clavarles una docena de javalinas á cada elefante. Al destrozarse estos con su mole otra muralla de lianas, el número de javalinas que llevaban encima eran tan numerosos que parecian dos gigantes puerco-espines, con las puas erizadas.

No sabemos lo que habria sucedido en esta nueva loca, desatentada persecucion, sin una casualidad.

Los elefantes, se precipitaron contra otras enredaderas, tardando doble tiempo en vencer aquel obstáculo; esto mismo redobló su furia y el macho, que iba delante, fué á estrellarse contra un árbol tan corpulento como la misma fiera. Con el choque perdió el equilibrio y vaciló, deteniéndose: la hembra que le seguia muy de cerca tropezó furiosamente con él y acabó de derribarle.

Antes de que pudiera levantarse, la nube de negros rodeó á ambos elefantes y sus gigantescos cuerpos desaparecieron bajo una tempestad de lanzas y de javalinas.

Macho y hembra cayeron, pues, uno al lado del otro para no volver á levantarse.

Las hachas hicieron lo demás.

Momentos despues, reunidos todos los cazadores alrededor de sus víctimas, esperaron á que llegase el *grigri* (doctor ó sacerdote) con sus sirvientes.

Cuando este personaje se halló en presencia de los cadáveres, desnudó un largo, ancho y afilado cuchillo: dos sirvientes le presentaron una cesta de mimbres y los otros encendieron una hoguera y colocaron en ella una caldera.

El cazador que habia dado el golpe de gracia al coloso, se aproximó á su víctima, y entonces el *grigri* cortó un gran pedazo de carne de uno de los muslos.

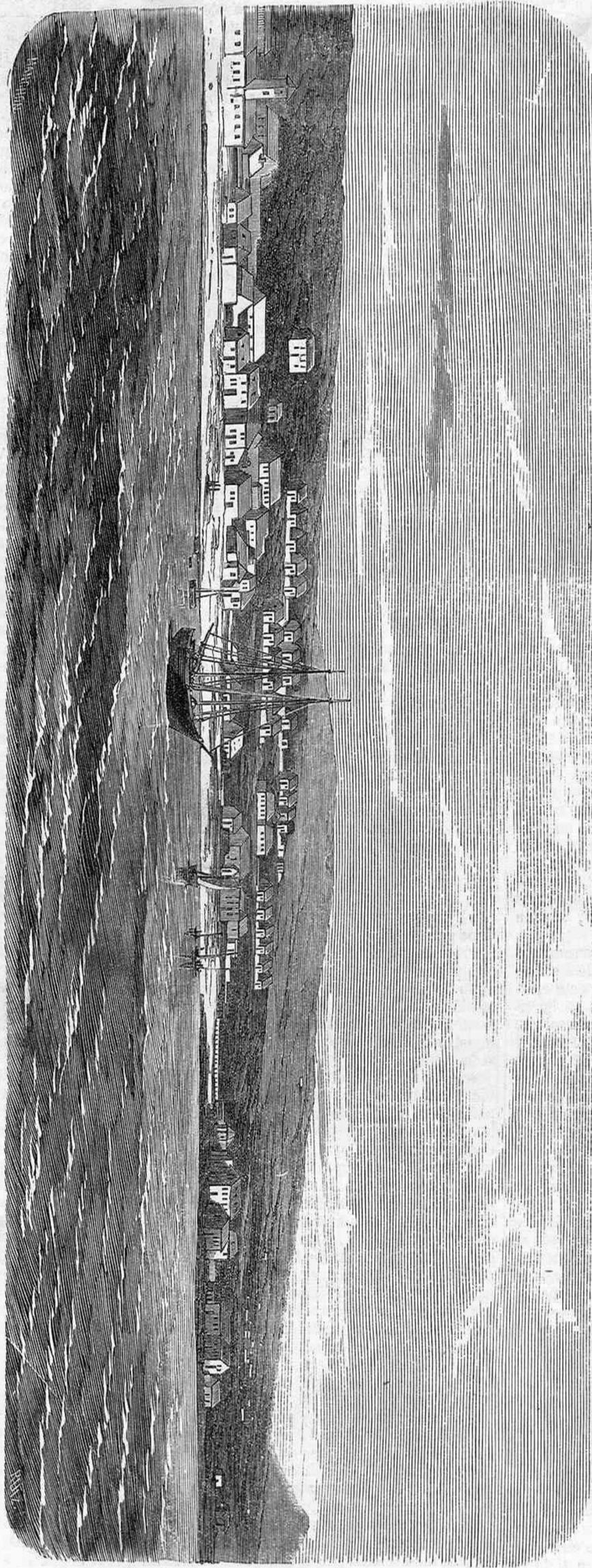
El *grigri* colocó este pedazo de elefante en la caldera; é interin se cocia, formaron los negros rueda alrededor de los cadáveres y empezaron á bailar y cantar frenéticamente.

Chaillu creyó hallarse en un pais de furias y endemoniados.

El matador del elefante tomó una hacha, arrancó los colmillos de su víctima, que eran de un peso enorme, y abandonó el resto á sus compañeros, para cuando acabasen de bailar y cantar.

Cocido el pedazo de muslo y colocado en la cesta de mimbre, el *grigri* lo colocó en el sitio que mas conveniente le pareció.

Aquella ofrenda, asi como los cantos y las danzas de los cazadores, están destinados al ídolo para que les de-



ESPEDICION CIENTIFICA AL PACIFICO.—PUERTO STANLEY.—ISLAS MALVINAS, DE LA SOLEDAD SEGUN LOS ESPAÑELES. (FOTOGRAFIA DE CASTRO.)

pare mejor y mas abundante cacería en la siguiente.

Terminados todos estos requisitos indispensables al decir de aquellas cándidas gentes, continuaron la cacería, que fue abundante á pesar del tiempo que perdian en cocer pedazos de elefante, lo cual, segun Chaillu, en vez de ofrendas de ídolo no eran mas que vífeks preparados para que con ellos se regalasen los buitres y los leopardos.

nífico monarca, no lo sabemos á punto fijo, si bien lo presumimos: lo que hizo el norteamericano fue conservar la flemma del yankee (hombre taciturno), recibir seriamente las felicitaciones y los agasajos del soberano de Anambia, contestar con toda la tiesura de un *squire* inglés atacado del *spleen*, que es en John Bull lo que el remordimiento en los criminales, el castigo de sus culpas, «que se dignaba oír las regias

Pablo Chaillu, el infatigable explorador de esa region del Africa, hasta entonces no visitada por nadie salió de Igale para Anambia, punto situado al Norte del cabo de Santa Catalina.

Con el objeto de no presentarse repentinamente en una comarca, de la cual tenia pocas y desfavorables noticias, envió delante dos negros de Igale, encargados, á manera de embajadores, de anunciar su viaje,

Felizmente las noticias desfavorables que tenia eran del todo infundadas.

Apenas tuvo noticia el rey de Anambia de que se aproximaba á sus dominios un *mbuiri* (espíritu), un *hombre blanco*, mandó convocar sus grandes dignatarios, sus mujeres (que llegaban á doscientas), sus músicos (que por fortuna no eran tantos), su guardia y sus esclavos, y vistiéndose de ceremonia, se puso en marcha yendo á recibir á su anunciado huésped.

El traje que se usa en aquellas regiones es uniforme, idéntico en los hombres y las mujeres, y por demás sencillo.

Consiste en un tapa-rabos.

La razon de esta sencillez, mas que primitiva, la encontramos fácilmente recordando la abrasada temperatura de aquellos lugares, temperatura intolerable para todo el que no haya tenido la negra idea de nacer allí.

A pesar de esto y á pesar de que el negro, segun todas las probabilidades, empieza á sudar al nacer y no logra ver seco aquel sudor interin vive; ¿sabes, lector, cuál es la cosa que mas ciegamente adora el negro—despues del rom, por supuesto?

Pues es el fuego.

Chaillu no sabia esplicarse cómo los negros que le acompañaban en todas sus escursiones por aquel pais, hijo mimado del sol, apenas daba la orden de acampar, lo primero que hacian, no obstante ir abrumados por el peso del bagaje, rendidos de cansancio, jadeantes, cubiertos de sudor, era improvisar una grande hoguera y sentarse alrededor de ella, aproximando las manos á la llama, ni mas ni menos que si se hallasen en Siberia ó en Laponia.

Decia, pues, que el rey de Anambia salió á recibir solemne y aparatosamente al hombre blanco, y que se adornó con sus mejores galas. De estó habrá inferido el lector que sacó de su guarda-ropa africano un espléndido tapa-rabo bordado de plata y oro, y cuajado de pedrería, ó un manto real de riquísimo armiño, ó una diadema de oro macizo... Nada de estó.

El traje del monarca de Anambia, segun opinion suya, valia muchísimo mas que todo aquello reunido.

¡Y qué bien le sentaba!—¡Cuánta era su gallardía!

Es verdad que el traje era incompleto; que carecia de botas y calcetines, calzoncillos y pantalones, camisa y chaleco, corbata y sombrero, pero en cambio tenia un magnífico paletó de paño burdo, color de castaña, procedente de Liverpool, donde, cuando nuevo, debió costar 120 reales cuando menos.

Lo que habria hecho un español al hallarse en presencia de tan magnífico monarca, no lo sabemos á punto fijo, si bien lo presumimos: lo que hizo el norteamericano fue conservar la flemma del yankee (hombre taciturno), recibir seriamente las felicitaciones y los agasajos del soberano de Anambia, contestar con toda la tiesura de un *squire* inglés atacado del *spleen*, que es en John Bull lo que el remordimiento en los criminales, el castigo de sus culpas, «que se dignaba oír las regias

palabras» y marchar á su alojamiento.

Era este nada menos que uno de los palacios de madera de S. M. y estaba ricamente amueblado con una estera.

Dos de las doscientas reinas le guisaron un trozo de gamo, una gallina y algunas bananas, otras dos de aquellas magestades le sirvieron la comida y un A. R., príncipe de ocho ó diez años, colocado en la puerta, impedía que los curiosos de la corte penetrasen en el palacio.

Porque es de advertir que el primer ministro, el mayordomo, mayor el capitán general de las canoas y el general en jefe del ejército rondaban puerta y ventanas con tanto ojo abierto, por si el *mbuiri*, concluida la comida, se dejaba olvidada la botella del rom, facilitándoles la ocasión de echar un trago á hurtadillas.

Desgraciadamente para sus excelencias Chaillu cometió la grosería de sustituir el rom con un brebaje que dijo llamarse Bordeaux y del cual se rieron aquellos grandemente.

Lo cierto es que bastó aquel incidente para que Chaillu perdiese mucho en el concepto de aquellos nobilísimos señores. Como al terminarse la comida no eran mas que las tres de la tarde, decidió Chaillu aprovechar las horas del día que restaban saliendo á explorar los alrededores.

Al efecto, y para imponer mas á sus nuevos amigos los *commis*, súbditos del rey de Anambia trató de armar con escopetas y carabinas á Olanga, Tombi, Ifuta

é llano, que le acompañaban, pero estos buenos negros, despues de reconocer aquellas excelentes armas, se las devolvieron riéndose del *hombre blanco*.

¿Para qué diablos podían ser buenas aquella especie de fusiles sin cazoleta ni piedra?...

¿Cómo, sin echar pólvora junto al oído, podía inflamarse la carga?

Olanga tomó, pues, su viejo fusil inglés de chispa; los demás se provieron de una especie de lanzas cortas y salieron del pueblo, ofreciendo regresar aquella misma noche.

El objeto de Chaillu se reducía á explorar el terreno y averiguar qué especies de animales abundaban en los alrededores; supo con placer que encontraría elefantes, búfalos, jabalíes, leopardos, monos y muchas y variadas aves.

Continuaron, pues, avanzando por el bosque que, era muy espeso y sombrío, y en el momento de desembocar en una bonita pradera, oyó que los negros le decían en voz baja:

—*Niaré*.

Chaillu miró á la derecha y vió un magnífico animal que pastaba tranquilamente al extremo opuesto de la pradera.

Como el viento soplabá de la parte del búfalo hacía los cazadores, aquel no había notado la presencia de estos.

Los negros, por órden de nuestro héroe, marcharon á derecha é izquierda ocultándose entre los árboles para llegar á la parte opuesta, mostrarse entonces y hacer de este modo que el búfalo se alejase marchando sobre Chaillu, que debía permanecer oculto.

Cuando éste quedó solo, se dedicó á examinar al *niaré*, que es el nombre que dan los indígenas al búfalo salvaje (*bos brachicheros*), que segun el intrépido explorador del Africa Ecuatorial, es diferente del búfalo conocido y descrito por los naturalistas (*bos bubalus*).

Como éste, tiene las dimensiones del buey ó poco menos, pero es mucho mas vigoroso y valiente; tiene la frente alta y redonda, la papada escasa.

La hembra tiene el pelo, que es escaso y duro, rojizo: en el macho es mas oscuro y se aproxima al color de chocolate.

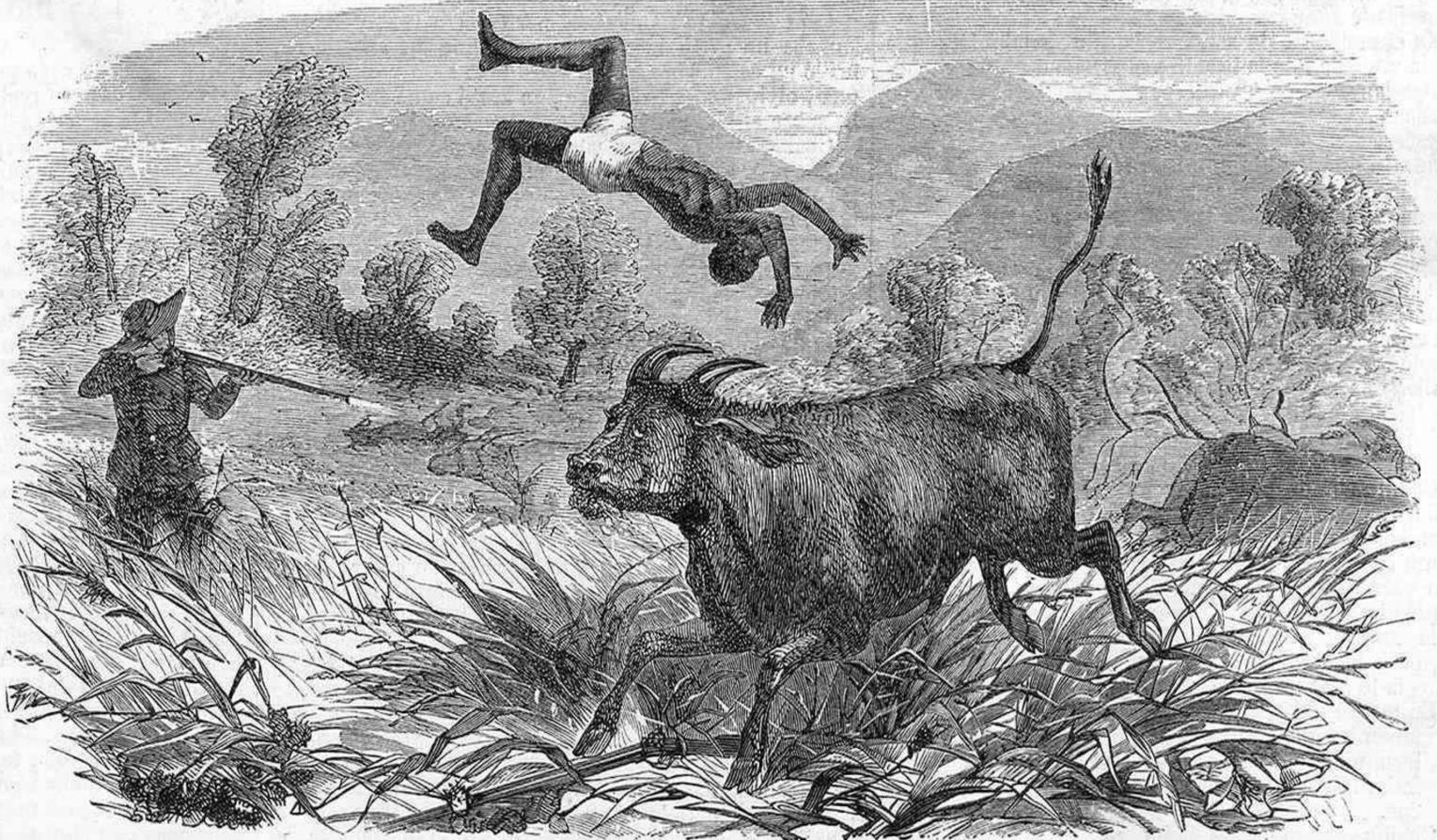
La pezuña de esta clase de búfalos es mas larga y puntiaguda que en los demás, y la cabeza, que es bastante bonita, tiene un aspecto de ligereza que recuerda en cierto modo la del antílope.

Tiene el hocico negro; las orejas largas y puntiagudas; los cuernos graciosamente encorvados hácia la espalda, miden doce pulgadas, siendo aplastados en la base y redondos en la última mitad hasta la punta. Cinco pulgadas mas arriba de su nacimiento son acanalados, formando cuatro surcos, por lo cual son mas fuertes y graciosos.

Los cuernos del búfalo (*bos brachicheros*) son negros como el ébano y parecen pulimentados por lo terso y brillantes.

Todas sus formas son muy proporcionadas y graciosas, lo cual le da un aspecto de ligereza que le distingue grandemente del búfalo ordinario: la torpeza y la pesadez de éste se convierten en aquel en gracia y agilidad.

Chaillu, despues de estudiarlo bien, insiste en que es un término medio entre el antílope y



LAS CACERÍAS EN EL ÁFRICA ECUATORIAL.—EL BÚFALO.



INDIOS MEJICANOS DEL ESTADO DE VERACRUZ.

el buey. Por lo demás, es un animal sombrío, receloso, de índole áspera, indomable y valiente hasta la temeridad.

En el momento de sentirse herido, cualquiera que sea la gravedad de la herida y el riesgo á que se esponga, se lanza como un huracán contra su agresor y lo anonada, valiéndose de los cuernos y de las patas delanteras.

Interin que Chaillu notaba que el pelo del búfalo es mas largo y espeso sobre la espina dorsal; que en las piernas, por encima de las rodillas es casi negro, aunque no tanto como en el hocico y que la cola carece de él, escepto en la punta que forma una especie de borla ó mechón, Olenga y Tombi, Ifuta é Ilano continuaban su movimiento de circunvalacion, cuyo resultado debía ser colocarse en el extremo opuesto del prado, quedando el confiado búfalo entre ellos y Chaillu.

Diez minutos despues aparecieron los negros entre los árboles del bosque, frente á frente de Chaillu y siguiendo su costumbre, se tendieron silenciosamente y avanzaron arrastrándose por entre la yerba.

Chaillu comprendió que se aproximaba la hora del peligro, y como ocurría esto recién llegado al Africa, cuando aun no habia adquirido la esperiencia y la confianza en sí mismo que algun tiempo despues le servirían para vencer tantos riesgos y tantas dificultades, sintió cierta emocion, incompatible con la serenidad y la sangre fría de que iba á necesitar si el búfalo le acometía irritado en vez de huir, aunque esto último parecia lo mas probable.

En medio del prado, entre el búfalo y la línea que formaban los cuatro negros avanzando, se alzaba recto é interminable uno de esos elegantes árboles que solo engendra la poderosa vegetacion africana de ciertas comarcas.

Chaillu, segun hemos dicho, permanecía oculto detrás de algunos árboles y de la cortina que formaban las plantas enredaderas, que pasando de árbol en árbol, trepando de rama en rama, y envolviéndolas en todas direcciones, forman una verdadera muralla de follaje.

Esto favorecía mucho al cazador, pero como esas plantas enredaderas son tan fuertes como la mas dura cuerda y como sus largos y nudosos brazos, semejantes á los de la parra, brotan desde el suelo y se estienen por éste formando caprichosos tejidos, muy agradables á la vista, pero que constituyen una especie de red, por la que no es posible marchar sin sentirse á cada momento sujeto por los pies con manos invisibles de hierro,—nuestro protagonista calculó que debía abandonar su retiro, presentarse y avanzar para elegir un sitio donde situarse y aguardar el momento decisivo.

Hízolo así, procurando no llamar la atencion del búfalo, y saliendo del bosque avanzó por el prado treinta ó cuarenta pasos.

Una rama seca crugió bajo sus pies, y el búfalo levantando la cabeza y volviéndose, quedóse inmóvil contemplando á Chaillu.

Entre el hombre y la fiera mediaba una distancia de cincuenta varas.

La luz del sol inundaba el prado iluminando con singular precision todos los accidentes del mismo.

Chaillu, pues, se detuvo de pronto sobre las enredaderas, sin poder elegir el sitio á su gusto, y no encontrándose bien, quiso avanzar ó retroceder un paso.

Imposible. Su pie izquierdo, enredado en una de aquellas poderosas, al par que traidoras ramas, le impedía todo movimiento.

Y el búfalo seguía mirándole de hito en hito.

Afortunadamente Ifuta comprendió la situacion, y levantándose de pronto, lanzó un gran grito: el búfalo distraído, se volvió rápidamente y dió algunos pasos hácia el indígena.

Este tenía á su espalda el árbol aislado de que queda hecha mencion.

Lo que sucedió entonces fue tan rápido como el pensamiento.

Sea que el negro perdiese la serenidad, sea que el instinto del cazador triunfase de toda otra consideracion, al ver á la fiera avanzar sobre él, echóse el fusil á la cara, apuntó é hizo fuego.

La bala hirió ligeramente al búfalo en la paletilla, y el animal, al sentirse herido, saltó como un tigre, y con la cabeza baja, se precipitó sobre el negro.

Chaillu dió un grito y quiso correr, pero la terrible enredadera le detenía como una tenaza implacable.

Pero Ifuta no habia perdido aun del todo la cabeza, como debía perderla á la segunda embestida, y practicando lo que se acostumbra en tales casos, permaneció inmóvil ante la furiosa acometida del búfalo.

Cuando éste se halló á dos pasos de distancia, Ifuta dió un salto de costado y la fiera se lanzó en el vacío.

Los otros negros, que desde lejos contemplaban la escena, aplaudieron llenos de júbilo.

Pero Ifuta, en vez de permanecer inmóvil, esperar al irritado búfalo y repetir el salto, quiso huir.

Esto fue su perdicion.

Mas furiosa la fiera con el engaño revolvióse rugiendo, y al ver huir á su enemigo, lanzóse tras él, le alcanzó de dos saltos, y el pobre negro vuela por el aire, una, dos, hasta tres veces.

Los otros negros estaban aterrados.

Chaillu, daba terribles gritos para distraer ó ahu-

ventar á la fiera, al par que hacia desesperados esfuerzos para recuperar la libertad de sus movimientos.

Cuando Ifuta caía al suelo por tercera vez, y Chaillu lanzaba un grito mas penetrante que los anteriores, brilló un relámpago en los ojos de la fiera y el enorme toro, olvidándose del negro, se lanzó como una tromba sobre el blanco.

Chaillu, tuvo miedo; por un momento pensó arrojar-se al suelo, esperando que su enemigo pasaria de largo; pero el búfalo avanzaba como un rayo, chispeantes los ojos, rompiendo y desgarrando las enredaderas como si fuesen hebras de hilo.

La inminencia del peligro operó una reaccion saludable en Chaillu!

Recuperó la serenidad, echóse la carabina á la cara y se quedó inmóvil como una estatua.

El dilema era tremendo, inevitable, ó mataba ó moría!...

El búfalo avanzaba como un huracán: Chaillu le apuntó á la frente, y cuando solo distaba ocho pasos, apretó el gatillo, salió el tiro, la detonacion despertó los ecos del bosque.

El búfalo lanzó un rugido ronco y el diestro cazador vió rodar á sus pies aquella mole de carne inanimada que tan amargos instantes le habia hecho pasar.

Ifuta no estaba muerto: sus compañeros le metieron en un lago inmediato y le lavaron las contusiones de que tenia cubierto el cuerpo.

La sensacion del frio le hizo recobrar los sentidos; y poco despues regresaba á la aldea por su propio pie.

Chaillu comprendió que la cacería del búfalo, con tiradores como Ifuta, debía ser sumamente peligrosa y desde entonces jamás consintió que los negros que le acompañaban al bosque disparasen contra el animal.

Para evitar todo riesgo, se necesita tener, como Chaillu, el corazon de piedra, el pecho inalterable, el golpe de vista infalible.

Se necesita esperar á pie firme al monstruo, y cuando humilla la cabeza para asegurar el golpe, hacer fuego y matar instantáneamente como el rayo.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

## EL CHIQUIHUIITE.

Uno de los lugares que han adquirido mas triste celebridad en la Confederacion Mejicana, merced á las revueltas políticas que vienen caracterizando su periodo contemporáneo, es el de la fortificacion designada el «Chiquihuite», que descuellan entre Veracruz y Córdoba, al Noroeste de la primera de estas ciudades. Hásele recordado tambien en las negociaciones diplomáticas que trajo recientemente á este territorio la coalicion europea; y segun el tenor de estas, hubiera sido quizá, dado el caso de irreconciliacion, el primer teatro de la guerra.

Dicha defensa está asentada en un cerro de regular elevacion y ofrece una descripcion harto sucinta. Dos son los fuertes que se destacan de su cima y meseta y hay otro sobre un cerrillo pintorescamente situado. En éste y el primero véense varias piezas de grueso calibre; por último, consta de un muro de piedra de escasa altura, un cuartelillo de caña y paja de reducidas dimensiones y de algunos cuerpos de guardia idénticamente construidos.

Este punto avanzado por lo mismo que no carece de posicion estratégica, contrasta muy mucho con la idea que anticipadamente se concibe. Plúgole al arte esmerarse tan poco en su trazo, que la imaginacion finge involuntariamente, siquiera por un instante, que va penetrando en el pais de las mitológicas creencias; que allende el monte, contemplará todavia los ídolos silvestres, y aun oírá pronunciar misteriosamente los nombres de *Quetzalcoatl* (1), de la protectora *Tzintecotl* (2), ó de algun héroe endiosado. Pero esta ilusion desvanécela de súbito la realidad ofendida, reflejándose del modo mas prosáico en una reducida guarnicion, cuyo uniforme, sobre negarle el aspecto nómada, alhuyenta hasta el recuerdo del preservador *Escanpil* (3).

Compónese aquel de camisa-blanca, calzon del mismo color ó negro y sombrero de paja. El armamento de estos soldados, consiste en fusil inglés y cartuchera con cinturón.

Considerando, en fin, su contorno, bajo el aspecto fisico, obtiéndose ciertamente mas bello resultado. La temperatura es menos calurosa de lo que podria inferirse en igual latitud; y la naturaleza, sin ostentar esa magnificencia salvaje con que se encuentra la flora americana en dilatadas comarcas, muda de semblante por intervalos y ofrece en general perspectivas risueñas y alfombras de verdor.

Matanzas, 29 de abril de 1865.

(1) Quetzalcoatl, ó dios del aire.  
(2) Tzintecotl, ó protectora de las mieses.  
(3) Escanpil, ó saco de armas que usaban los antiguos mejicanos, hecho de tela de algodón acolchada para defenderse de las flechas.

## LAS RIÑAS DE GALLOS.

El gallo es de suyo pendenciero. Así decimos, vanidoso como un pavo real, y feroz como un gallo. Porque ciertamente al ver á estas arrogantes aves empujadas en la punta de sus patas, les hallamos alguna semejanza con dos espadachines, que con aire amenazador se presentan en público buscando quimeras. Sin embargo, cuando no hay objeto presente de rivalidad, los gallos viven entre sí en paz, segun se ve en las casas de campo. Pero el hombre, poseedor del singular privilegio de dar á los animales una segunda naturaleza, inspira á estas aves su cólera y su ardor guerrero.

Las riñas de gallos no son de fecha reciente. Las hallamos ya en los antiguos pueblos, tanto civilizados como bárbaros. Los celtas y los escandinavos cifraban en ellas sus delicias, igualmente que los griegos, y despues de estos los romanos, y las riñas de gallos han sido diversiones favoritas de los pueblos salvajes y de las naciones que alcanzaron alto grado de civilizacion. En el teatro de Atenas hubo riñas de gallos en memoria de una victoria que Temístocles consiguió sobre los persas. Adoptólas Pérgamo, la patria de Galeno; y conquistada la Grecia por las armas romanas, se transmitieron á los vencedores aquellas luchas con otras costumbres de los vencidos. La ciudad mas célebre de Grecia por sus gallos era Tanagra, patria de Corina, cuyos versos gustaban á los griegos mas que los de Píndaro, porque la estaban viendo mientras los oían. Los gallos de Tanagra, además de ser de extraordinario tamaño y hermosura, tenían fama por su valor y obstinacion en la lucha; se llevaban á muchas ciudades, y á fin de hacer mas mortífero su furor, se armaban sus espolones con puntas de acero. Los griegos eran tan aficionados al gallo, que lo colocaban junto á las estatuas de Marte y de Minerva y en los escudos de sus héroes.

Los habitantes de Java tienen por las riñas de gallos mayor pasion que todas las naciones antiguas y modernas. En estos espectáculos pierden dias enteros, sin poder hartarse de las sensaciones que experimentan al presenciar los lances de aquellas luchas á muerte, de doble interés para ellos, porque los malayos que constituyen la mayor parte de la poblacion de Java, son desenfrenados jugadores. A la suerte de un gallo favorito arriesgan cuanto tienen, y sus jefes se han visto precisados á impedirles que presenten como apuesta á sus mujeres, sus hijas y sus madres. Los de Java son los que han inventado armar los espolones de ambos gallos con una cuchilla, que ocasionando siempre un daño mortal, termina muy pronto el combate. Entre los gallos de que se valen, los hay tan adiestrados en la lucha, que á la primera embestida consiguen matar á su adversario: estos gladiadores, de superior categoría, no hay dinero con que pagarlos. El dueño de un gallo de esta clase se considera hombre feliz; el gallo que gana es llevado en triunfo, y los que han hecho las apuestas gritan al verlo: «¡Ese es!» Es tal en Java la alicion á los gallos, que por rareza se encuentra un transeunte que no lleve el suyo debajo del brazo.

Entre las naciones modernas, la Inglaterra y la Bélgica son las que, sin igualarse con Java, han sido las mas aficionadas á las riñas de gallos. Justo era que la tierra clásica del pugilato fuese la arena donde los gallos cruzaran con mayor ostentacion sus formidables picos. El tiempo, trastornador de todo, cambió tambien algo estas diversiones favoritas de la Inglaterra; mas en la época en que estaban en toda su boga, tenían igual interés las luchas de pugilato que las de aquellas aves. Cuando debía haber una riña de gallos, se anunciaba por medio de pregoneros, indicando el paraje y hora de la lucha y hasta los nombres de los campeones. La muchedumbre corría al punto á este torneo de nueva especie. Ninguna clase de interés le faltaba: la incertidumbre del éxito, la sangre derramada, las apuestas, esto es, la ávida sed de ganancia y el temor de la pérdida. Apostábanse, en efecto, enormes sumas por el pico de un gallo y por sus espolones, como por los puños de un luchador de pugilato. Triste y curioso á un tiempo era el ver el furor con que aquellas aves, observándose y amenazándose con la vista, procuraban adivinar mutuamente sus movimientos para de pronto precipitarse la una sobre la otra. Y como si no fuesen bastantes las fuerzas dadas por la naturaleza á una de las patas de cada cual de los campeones, se le colocaba un espolon de acero, pareciendo que comprendía el valor de semejante arma el ave habituada á aquel género de lucha. El pico era un accesorio con que amenazaba mas bien que heria á su adversario; mas el espolon de acero era el puñal de misericordia, con que se acababa con un enemigo despues de tenerlo atolondrado y confuso por medio de ataques sucesivos.

Mientras las vicisitudes de la lucha, era digna de ver la sensacion que en los circunstantes causaba, en especial en los apostadores; su empeño en escitar á sus alados campeones; las alternativas de temor y de esperanza porque pasaban; las maniobras de los combatientes, que como hábiles estratégicos, variaban de ardidés, ya levantado todo su cuerpo, como el formidable Ajax dispuesto á precipitarse sobre el prudente

Ulises; ya reconcentrándose en sí mismos, como el prudente Ulises, para mejor recibir el choque del formidable Ajax, semejante á los dioses inmortales. Pero sea que se tratara de una lucha de gallos de las ciudades, como las mas veces acontecia en Inglaterra, y que los montones de libras esterlinas y de billetes de banco apostados por ambas partes, le diesen gran interés metálico; ó que como en Bélgica, reducida la lucha á mas humildes proporciones, solo tuviese por espectadores un escaso número de lugareños, que pagaban algunos cuartos por aquella funcion muy divertida para ellos, el ardor de ambos campeones era el mismo, su encarnizamiento era tan vivo, y tan grande la pasion de los circunstantes. Cuando, al fin, uno de los campeones, herido en la frente con un picotazo que le partía la cabeza ó abierto su vientre con el filo del temible espolon de acero, caia, espirando en la arena, teñida con su sangre, resonaban prolongados aplausos entre los favorecidos por la suerte. El mismo gallo vencedor, alzándose sobre sus espolones, se hacia el heraldo de su propia victoria, insultando con su *quiquiriquí* triunfante el cadáver de su vencido enemigo; del mismo modo que Aquiles cuando hubo volcado por el fangoso suelo al divino Hector, le hizo la alocucion que puede leerse en Homero, anunciando al hijo de Priamo que su cuerpo, despues de arrastrarlo siete veces alrededor de los muros de Troya, no recibiría los honores de la sepultura. Por esta comparacion irreverente pido perdón al padre de la epopeya; pero ¿no tiene el gallo mucha semejanza con Aquiles, tal como Homero lo ha pintado y descrito Horacio en su *Arte poética*?

«Impiger, iracundus, inexorabilis, acer,  
Jura neget sibi nata, nihil non arroget armis.»  
«Altivo, colérico, desapiadado y ardiente, rechaza las leyes como no formadas para él y quiere alcanzarlo todo con la violencia de las armas.»

DIEGO DOMINGUEZ.

## DESCUBRIMIENTO NUMISMÁTICO.

El Diario de Saona y Loira da cuenta de un descubrimiento numismático hecho por el abad Cucherat, que consiste en siete cuños de moneda encontrados en un bosque, distante dos kilómetros de París. Estos cuños, cuya materia escesivamente dura, es una mezcla de diferentes metales, varían en su forma. Unos se asemejan á conos truncados de 43 milímetros de altura, 35 de diámetro en la base y 20 en el vértice; otros son mas pequeños y se ensanchan por el medio afectando la forma de pequeños toneles. Los bustos en ellos estampados son de los emperadores Tiberio, Calígula y Claudio, á juzgar por la semejanza de las imágenes y las siguientes inscripciones. Alrededor del busto de Tiberio se lee: TI. CÆSAR DIV. AVG. F. AVGVSTVS. En el de Calígula, lo siguiente: C. CÆSAR AVG. G. FRA... En el de Claudio: T. C. CÆSAR AVG. ROMÆ TR. POT. III. COS III. Uno, en fin, representa una diosa con esta inscripcion vertical á la derecha: JUN. J... Otros objetos hallados indican la autenticidad de los referidos.

## UN HOMBRE POR DENTRO.

POR DON FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

(CONTINUACION.)

Bravo penetró colmado de júbilo en su humilde vivienda; y antes de entregarse al sueño, trazó algunos renglones, en donde comenzaban á reflejarse los íntimos sentimientos de su corazón.

«Elena mia: todo me sonrie y una voz secreta me alienta. He sido objeto de las mayores deferencias por parte de los escritores de aquí. Mañana daré á conocer mi comedia, á varios de los mas distinguidos. El teatro, segun afirman, se halla necesitado de producciones; la ocasion no puede mostrarse mas propicia. Pasado mañana presentaré mi querida obra al director de escena. Al fin voy á ver cumplidas mis esperanzas. No he visto al ministro. ¿Y para qué? ¿si descubro un empleo mas honroso y lucrativo? Piensa en mí. Vela por la salud de mi hijo. No os apartais un instante de mi memoria. Adios.»

Acababa de cerrar esta sencilla epístola amorosa, y observó una tarjeta que habia sobre la mesa. *Alejandro Marin*, y sobre escrito con lapiz. «He venido tres veces á estrechar tu mano y no he logrado esa satisfaccion. Quiero verte y te espero mañana en mi casa calle... y número...»

Con qué profunda emocion de contento ¡leyó Julio estas palabras! cuántos recuerdos de gratitud le despertó el nombre de Alejandro, para él tan querido; nombre que representaba una serie no interrumpida de bondades; una amistad consecuente y probada en el crisol del tiempo, y en el de su escasez.

### II.

Trás una noche reposada, y un despertar halagüeño, verificóse la entrevista de Julio y Alejandro.

Los dos jóvenes se conmovieron hondamente al saborear su encuentro, tras largos años de ausencia. Alejandro al estrechar á su íntimo amigo, al que le habia

servido de hermano, le reconvinó dulcemente por no haber tratado de averiguar su paradero.

—Yo sentia, le dijo á Julio, una absoluta necesidad de verte.

—Yo te juzgaba lejos de aquí, al lado de tu madre, que segun he sabido, con sentimiento, sigue enferma. A no ser así, mi primer pregunta, al pisar la corte, hubiera llevado tu nombre, mi primer deseo te hubiera pertenecido.

—Mi madre, replicó Alejandro con un suspiro ha recobrado la salud y se halla en Cataluña al lado de mi hermana. Yo he llegado hace pocos días, á continuar mis estudios, á perseverar en mis aficiones, á ganar, en fin, con mi pluma la subsistencia.

—¿Escribes?

—En mi retiro.

—¿Brillas?

—Mas de lo que merezco.

—¿Es decir que el ejercicio de las letras produce?

—Grandes luchas, amargos afanes, y pequeño lucro.

—Pues qué vive el escritor, en este levantado siglo, combatiendo con las primitivas miserias, reblandeciendo con lágrimas el pan que se lleva á los labios, y demandando un Mecenas que le acoja bajo su manto, para que recobre el calor su aterida imaginacion?

—No, afortunadamente, Julio: pero escuchar la verdad tal como siempre ha salido de mis labios, tal como no se atreven á revelarla la mayor parte de los hombres, aunque la sientan, vencidos por la cobardia del egoismo.

Hemos adelantado tanto, tanto, que el entendimiento avanza á su nivel. El talento se ha esparcido prodigiosamente por la tierra y no hay ser que no pretenda haberle encontrado. Ha caducado por lo mismo la clasificacion gradual de las inteligencias. Los hombres sirven para todo, son capaces de todo. Todo lo emprenden. En todo se emplean. De todo juzgan. En todo y por todo sobresalen, formando en batalla, una inmensa línea de capacidades universales, que no discrepan un ápice. Así es, que el dominio ejercido por el saber, hasta hoy, es nulo. La ciencia ha declinado su imperio. El genio se ha vulgarizado, y la humanidad se precipitaria irremediabilmente en el caos, si no la alumbrara la luz del discernimiento; la antorcha del criterio, única áncora de salvacion, confiada misteriosa y sabiamente por el que rije los destinos del mundo á los escasos apóstoles de la suprema verdad, que vagan por sus ámbitos, hasta restablecer la paz turbada por la vanidad de los hombres.

De aquí el que todos escriban y nadie lea. De aquí el que todos enseñen y nadie aprenda. De aquí en fin, que nadie siembre y todos quieran cosechar, en tanto que la tierra solo produce rencores.

Dirás que me he colocado en un orden de ideas muy superior á mi esperiencia de jóven, para convercerte; pero tú tienes talento bastante para analizar mis argumentos; deduce, pues, sus consecuencias, y dime si son justas y atinadas mis reflexiones.

Julio no desplegó los labios. El razonamiento, claro y perceptible de su amigo, arrancó un apagado gemido á su corazón, aproximándole á la triste realidad de las cosas, por él no concebida ni imaginada.

—Hoy mas que nunca, exclamó Julio, despues de algunos instantes de recogimiento, reconozco la superioridad de tus juicios. Tu esperiencia y tus consejos me servirán de faro, en la escabrosa senda que voy á emprender. Tiéndeme tu mano, porque la ceguera del alma, ha menester un guia mas esperto, que la del cuerpo.

Volvieron á confundirse en un abrazo, estos privilegiados amigos, y Marin ofreció á Bravo asistir á la lectura de su comedia, que debía verificarse aquella misma noche.

Reunidas en torno de una mesa, en la casa de Pastor, hasta cerca de una docena de notabilidades literarias, en cuyo número no se incluyen Alejandro Marin, jóven de modesta reputacion, y el compañero de hospedaje de Julio, que no le abandonaba nunca, el conocido escritor Mejía dijo con irónica impaciencia, y despues que terminaron las presentaciones de todos aquellos individuos.

—Señores, se hace tarde y ardo en deseos de conocer y de que ustedes conozcan la perla literaria de mi querido Bravo.

—Silencio, exclamaron algunos.

—¿A la lectura! repitieron todos.

Y mientras Marin observaba mudo el aspecto de aquella literatura en conjunto, y los semblantes de aquellos aristarcos severos, Julio se preparaba gozoso, aunque trémulo y cortado, al para él ignorado sacrificio.

La calma sucedió á los rumores y murmullos preparatorios, que *requieren* tales actos, y el autor comenzó su lectura.

No es el don de la atencion el que mas resalta generalmente en los hombres de ingenio, ni tampoco el de la benevolencia, ni menos el de la caridad; así es que al finalizar el primer acto de su obra, nuestro poeta novel, la mayor parte de los concurrentes, incluso Mejía y Pastor sus amigos, despertaron de sus sopores balbuceando algunas frases lisonjeras para Julio.

Marin habia escuchado desde el principio con el in-

terés del amigo, y en su animada fisonomía se retrataba el gozo de que se hallaba poseido.

Bravo ahogó un suspiro al notar la indiferencia que vagaba en aquella atmósfera y continuó leyendo.

Observemos los efectos producidos por aquella revelacion de un genio arrinconado en los silenciosos espectadores, al esponer el autor el término de la segunda parte, es decir, cuando el poeta se halla en la fuerza de su vigor, y el dramático se enseorea triunfante porque ha tocado el mágico resorte que escita, conmueve y hasta sobrecoge á la multitud.

Un autor de cerca de cien arreglos del francés, paseaba los dedos de su mano derecha por encima de sus cabellos tan ásperos como su inteligencia.

Una celebridad de gaceta, famosa por su lengua de acerada punta, gesticulaba apesadumbrada por no encontrar un flaco de donde sacar un chiste.

Una ilustracion de las mas pomposas, literato profundo de esos que emplean la tercera parte de su vida en dar forma á un pensamiento, fijos en la máxima de Buffon «el genio es la ciencia» que ven crecer su reputacion como la espuma, y labran sus obras como la abeja; un roedor de pergaminos, rebuscador de palabras y fanfarron de ideas, se dignó inclinar la cabeza, no como señal de espontáneo asentimiento, sino abrumado por el peso de la admiracion y de la sorpresa.

Todos ellos callaban, y callaban por imitarles los demás; y los iliteratos prorumpieron en bravos, y Marin les hacia coro, y la obra fue creciendo en bellezas, en riqueza de situaciones y defectos, y el lirismo convencional del teatro, brotaba allí á torrentes, levantando, rebotando sentimiento y verdad.

Trascurrida media hora, la lectura habia dado fin, y aquellas gentes expansivas sin sospecharlo, encarecieron el mérito de la comedia en su primer impulso. Diez minutos despues la reaccion triunfaba de sus miserables ánimos, levantándose súbita una tempestad de consejos que arrojó sobre Julio un pedrisco de defectos capitales, anacronismos, inverosimilitudes é inesperecias.

Unos decian. La obra no tiene mal corte, hubiera podido ser magnífica.

Otros. Reservo mi opinion hasta meditarla, sin embargo creo un tanto espuesta á un desengaño la produccion.

Algunos. Dando á la comedia algunos cortes... y variándola de título...

Los mas. Francamente, señor Bravo. Tiene sus defectos, pero á la verdad, y este es su mayor elogio; yo no esperaba de vd. una cosa tan perfecta.

Y Mejía y Pastor repetian: chico, te damos la enhorabuena, pero confesamos que nos has sorprendido. No te creíamos capaz de tanto.

Y Julio palidecia, y Alejandro estrechaba impresionado y cariñoso su mano, trasmitiéndole el aliento que á él le faltaba.

Porque allí se habia falseado la verdad del sentimiento, porque el cálculo astuto dominaba á aquellos seres organizados para la perfidia. Si como dice un gran filósofo Julio hubiera estado mas acostumbrado á la vida literaria, hubiera comprendido que el silencio y la frialdad de algunos autores, revelan en semejantes circunstancias la envidia que produce una buena obra, así como su admiracion anuncia el contento inspirado por una obra mediana que tranquiliza su amor propio.

¡Ah! exclamó Marin, cuando se hubieron encontrado solos él y Julio. Resucita, querido amigo, de la momentánea muerte á que te ha condenado ese frio tribunal incapaz de juzgarte; pero bastante sagaz para entrever tu gloria y oscurecerla. Tuyo es el porvenir de la escena. Espera y confía. Cree en mi sinceridad, y escucha:

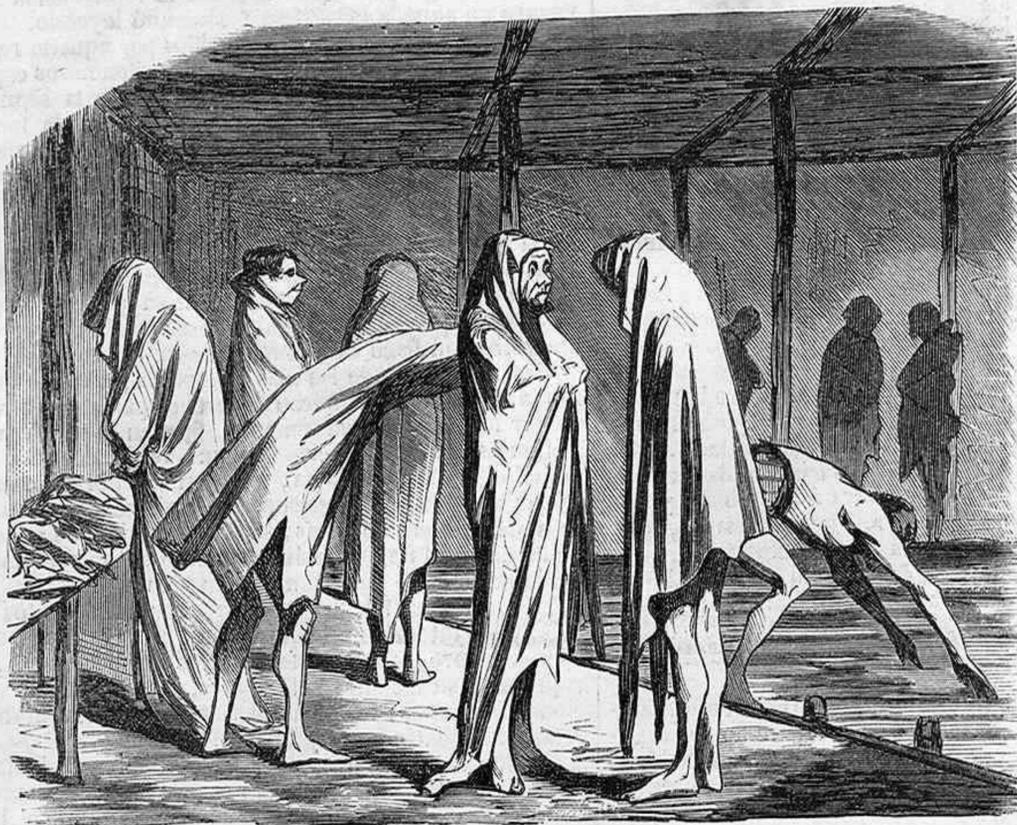
La bondad que atesora tu alma se refleja en tus acciones y se trasmite á tus labios. Jamás conseguirás prosperar de este modo. Le es permitido al hombre sentir, creer y amar; pero en ciertos casos no le es dado revelar sus sensaciones, sino ocultarlas con escrupuloso estudio. Tú eres sencillo y candoroso; pero careces del vigor del genio. Engalánate con el pintado ropaje del tigre, y te harás respetar. Que ese corazón que guardas *no suba jamás hasta tu lengua*. Reserva tu sabia para tus obras: que el hombre por dentro, resalte en ellas; pero en el comercio industrioso de los mercaderes literarios, cuidate mucho del exterior; considera tu personalidad un efecto dramático bien meditado. Piensa en el cómo debe aparecer el hombre por fuera.

No fueron estas las únicas ideas que Marin, el filósofo desecador de las pasiones, espuso con su natural lógica á la consideracion de su amigo. Hízole algunas ligeras observaciones sobre su obra: le indicó algunas enmiendas, y fortaleció las esperanzas que Julio comenzaba á ver marchitas.

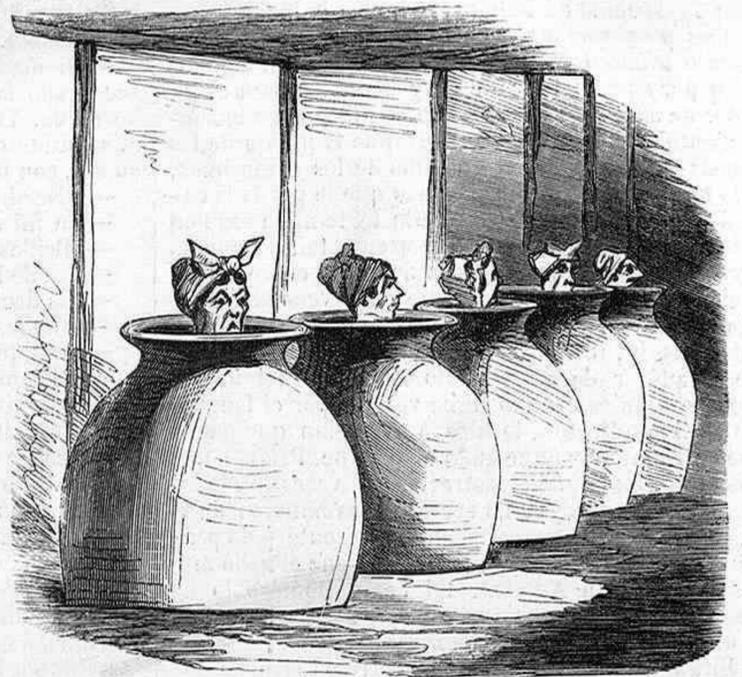
Bravo colmado de angustia escribió aquella misma noche esta segunda carta á su amada Elena.

«Esposa mia: ayer te escribí lleno de júbilo; hoy trazo estas líneas lleno de resignacion y de esperanza. Te lo voy á confiar todo, pero no te aflijas y recurre á tu habitual serenidad de ánimo. Acabo de leer mi querida obra. Tú has oido muchas veces de mis labios que he aguardado á cumplir treinta años antes de lanzarme á la escena: que imitando en lo posible á Moliere y

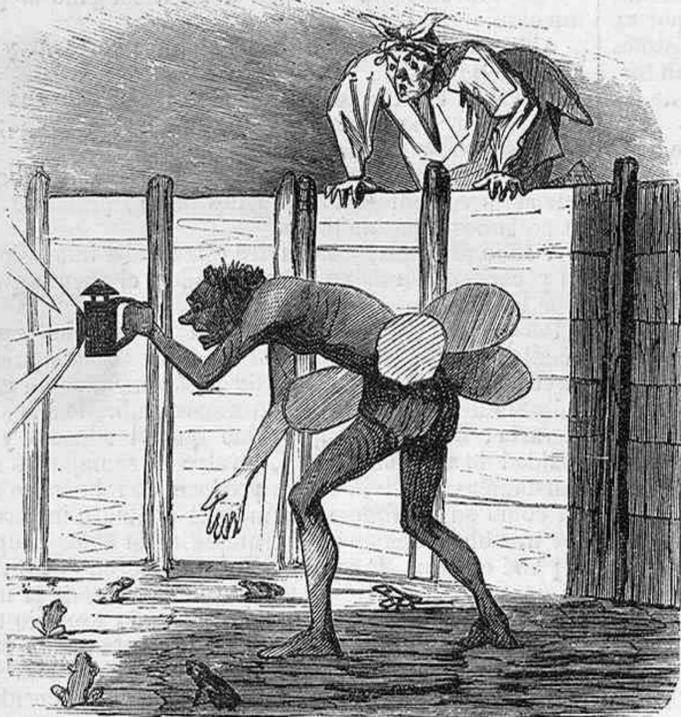
## LOS BAÑOS DEL RIO MANZANARES, POR ORTEGO.



No sé como hay quién se marcha á Spa, Vichy, ó Baden Baden, y deja la sociedad que frecuenta el baño grande.



Sistema que adoptar piensan para bañarse en el rio, varias personas decentes aunque esté mal el decirlo.



—¿Qué busca usted, caballero?  
—¡Cómo que busco, caramba! busco un poco de agua fria para lavarme la cara.



Novios que bajais al rio con vuestras queridas prendas, si amarlas es vuestra dicha, no mireis por las esteras!

Alarcon, he intentado profundizar la filosofia antes de querer escribir comedias: que he estudiado á los naturalistas persuadido de que para triunfar en el conocimiento de la naturaleza viva, es menester estudiar la naturaleza muerta: que mientras observaba el mundo vivo, volvía la vista al mundo escrito, y que he procurado, en fin, fijar mis ojos en los rayos de sol que emanan de Shakpeare; en las invenciones dramáticas de Corneille; en la sabia originalidad de Calderon; en los efectos cómicos de Tirso; admirando la pasion en Schiller, y pidiendo á Dios me concediera pensar siquiera una vez como pensaba Goethe. Pues bien; mis primeras ilusiones de niño, y mis encantos de poeta, han comenzado á perder su brillantez desde la hora en que he sido aconsejado de hecho y reconvenido de pensamiento por aquellos á quien habia traído hácia mí para que emplearan generosos conmigo la esperiencia de su saber por medio de un fundado razonamiento. Mi obra ha sido escuchada por algunas eminencias, y solo les ha merecido un juicio glacial y ligero, y solo les ha merecido como sus censuras. ¡Ah! ¡no puedo conformarme con la idea de que todos los escritores sean asi! Yo he caminado al acaso tropezando en mis senderos con hom-

bres ávidos de encontrar defectos mas bien que bellezas; inclinados á guardar para sí sus conocimientos, mejor que á ilustrar á los demás, y al sorprender su malicia ó su falta de caridad, he padecido cruelmente, Elena mia. Algunos entre estos mis amigos mas caros, me han alabado por la sorpresa que experimentaron. No esperábamos tanto de tí, me han dicho, como si con esto creyeran colocar en mis sienes el anhelado laurel. No parece sino que el que asi formula una opinion, lo espera todo de sí mismo.

«Elena; seria aventurado juzgar de el mas allá, que me espera, solo por estas primeras impresiones; pero te confieso que he tenido momentos, en que el desaliento reinaba en mi corazon. A la hora en que te escribo, ya soy mas dueño de mí; renace en mi pecho la esperanza, al resonar en mi oido las palabras de consuelo y las prudentes y juiciosas razones, que debo á la amistad verdadera de Alejandro Marin, jóven que no tiene fama, á pesar de conocer los sistemas para alcanzarla, pero tiene el privilegio que la fama no podría darle, de subyugar al que le oye una sola vez, con la fuerza de su lógica y con los destellos de su concienzudo genio, madurado por el pensamiento. El, amada

mia, me empuja hácia adelante con la fe de sus augurios: yo le quiero creer para satisfacer una necesidad nacida de mis sueños; y al terminar por hoy, estos párrafos, que debes tener siempre, como la mas fiel expresion de los diálogos íntimos que sostiene mi debilidad de espíritu y mi ardimiento de corazon; emplearé mis solitarias horas en las ligeras modificaciones de mi comedia, que él me ha indicado.

«Avisame antes que la carencia de recursos te entristezca y te combata. Escíbeme: fortifícame con tus cartas. ¿Y mi hijo? Repítele mi nombre para que no se acostumbre á olvidarme. ¡Bendito sea!»

Julio cerró esta carta, sellándola con una lágrima, y cuando la aurora despuntaba, continuaba aun arbi trando ideas de su cerebro para pulir su comedia; tarea con la cual se hallaba familiarizado por lo repetida, y que difícilmente podría avalorar el espectador, á pesar del título de juez absoluto que le da el carton que compra.

(Se continuará.)

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR,  
IMPRENTA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.